

editorial

LA IGLESIA

23 FEB 1971

EL rebrote romántico que estamos viviendo, que va desde las melenas y las barbas hasta la exaltación a ultranza del amor y un cierto ambiente de simpatía por lo anárquico, pasa de la sociedad civil a los ambientes eclesiásticos y trae a la mesa de nuestra Redacción dos curiosas muestras: una, un cuadro sinóptico aparecido en una conspicua y difundida publicación integrista que clasifica los gropúsculos de este matiz en compartimientos donde se encuentran los que niegan la obediencia al Papa, los que, yendo más allá, niegan su ortodoxia y los que niegan la misma realidad de su carácter de Pontífice, o los que aceptan la nueva misa, se niegan a celebrarla o llegan a rechazar su misma validez. Otra muestra es un estudio confidencial sobre los avances de la «Iglesia subterránea» y la proliferación de grupos que se sienten al margen de la Jerarquía y quieren vivir conforme a su modo propio, con estilo profético y carismático, su cristianismo.

Pero esos movimientos, por su propia extremosidad, preocuparían menos si simultáneamente no estuvieran sobre la misma mesa otras publicaciones, con nombres ilustres, larga tradición, prestigio indiscutible, en que en nombre de la Historia o de la Sociología se adopta una actitud absolutamente humana, racionalista, al tratar de la Iglesia, haciéndolo no ya con frialdad, sino hasta con manifiesta hostilidad. Salvo alguna vaga referencia al Concilio, eludiendo concretar mucho, puede decirse que todo lo que la Iglesia ha hecho a lo largo de los siglos (salvo acaso los de las persecuciones, vistos con mentalidad romántica) ha estado mal hecho. Y en concreto está mal cuanto hace y pueda hacer en lo sucesivo la Jerarquía, «cuya cabeza es el Papa». Mientras fuera de la Iglesia todo está bien, al menos en las demás religiones, nuestro catolicismo es un indefendible producto de circunstancias históricas con el que urge acabar.

¿Qué nos estamos jugando con este despego y aun hostilidad hacia la Iglesia? Creemos que todo. La negación de una institución que, trayendo su origen de Jesucristo, cuida de la pureza de la fe, la difunda, coordine los esfuerzos de todos, ponga a su alcance los medios de santificación de manera conforme a los deseos de su Fundador, es funesta, por mucho que se intente sustituir por un vago sentimiento de solidaridad de los cristianos, sin más base efectiva que el «vínculo de la caridad». Una Iglesia sin autoridad, que, como defectible, puede inducirnos a error incluso en sus enseñanzas conciliares solemnemente promulgadas, aun en puntos sustanciales, no es la Iglesia que sirve de punto de apoyo al creyente, y éste sentirá bien pronto el vértigo de encontrarse al borde del vacío, si es que no cae inmediatamente en él.

«Ecclesia semper reformanda», hemos repetido todos, con fruición unos y como mera cláusula de salvaguardia otros, en la época del Concilio. Y lo seguimos repitiendo hoy, porque la queremos siempre en marcha, cada vez más limpia, más pura, más libre de adherencias temporales, más hermosa, hasta el día en que Cristo se la muestre al Padre sin mancha, sin arruga, sin nada que pueda afearla. Pero creemos que ese ideal se logra más apretando las filas que clareándolas; que exige más coherencia que dispersión, y que exige sobre todo una visión realista de lo que en ella supone la autoridad.

Que la autoridad sea un servicio no empece en modo alguno que sea verdadera autoridad, como no hace mucho recordaba Paulo VI. Y esa verdadera autoridad es quien puede dar a la reforma y a la depuración lo que en manera alguna lograra la anarquía. En nuestros contactos con otras confesiones en que el sentido de autoridad es mucho más débil, los católicos bendecimos a Dios, que nos da una autoridad que promueve la renovación. ¿No está ahí el ejemplo de la Iglesia

ortodoxa, en tantos puntos anquilosada por falta de una autoridad efectiva que pueda promover su puesta al día? ¿Qué nos dicen los musulmanes jóvenes o los intelectuales del Islam cuando nos confían su angustia al ver que no hay quien pueda promover con fuerza suficiente un movimiento de modernización, que tan urgentemente están necesitando? ¿Habrá que recurrir al recuerdo de una experiencia ya hecha, la del protestantismo, irreconocible en las últimas sectas? ¿Tendrán por suyos Lutero, Calvino, Melancton a quienes hoy dicen ser sus sucesores? La autoridad, que puede parecer a los impacientes instrumento retardatario, es, sin embargo, y bien claramente, el medio que permite dar coherencia al movimiento renovador, frenando a unos y estimulando a otros, para lograr que la marcha se haga en conjunto. Millones de católicos que habrán acogido con recelo, con hostilidad y hasta con escándalo las reformas que se han ido introduciendo, las aceptan y las ponen en práctica porque el sentido de obediencia que en ellos se desarrolló les ha conducido a eso. Si la distancia entre la vanguardia y el grueso no se ha hecho catastrófica ni ha degenerado en ruptura, con todo lo que esto habría supuesto, a la autoridad se debe en gran parte.

Nos hiere que se olvide algo que entra por los ojos al más superficial observador. Que a fuerza de críticas, de hostilidad o de despego, liquidemos algo que otros nos han envidiado: una Iglesia organizada con una Jerarquía depositaria de una función recibida de su Fundador, capaz de lograr lo que otros no pueden: una renovación a fondo, una marcha de todos hacia un mismo ideal, sin que las nuevas formas y las nuevas exigencias supongan una ruptura, aunque sí, en verdad, muchos y muy dolorosos sacrificios. Pero a esto, a «llevar su cruz», llamó su Fundador a cuantos quisieran seguirle.

INCUNABLE.

EN ESTE NUMERO:

- REFLEXIONES SOBRE EL MINISTERIO DE LA PALABRA, por Eduardo Zurro (pp. 5-6).
- EL SACERDOTE, PROFETA O LITURGO, por Pedro Fernández (pp. 7-11)
- SACERDOTES «VERTICALES» U «HORIZONTALES», por Veremundo Pardo (pp. 32-31).